

ñado sobre el temple ni sobre el alcance de su espíritu. El Pontífice dijo á un ilustre cardenal, que necesitaba se le mantuviese y dirigiese, porque por falta del freno necesario caería en grandes extravíos.

El abate de La Mennais se habia anunciado indudablemente como un defensor intrépido de los derechos y de la libertad de la Iglesia, y habia parecido un apologista muy útil de la Religion. Sin embargo, no era ni buen teólogo, ni profundo canonista, ni conocia el espíritu de la Iglesia en este género de cuestiones; así, habiendo traspasado los justos límites en su polémica, ocasionó una efervescencia perjudicial á la Santa Sede, á pesar de lo cual se queria suponer era órgano de esta. La enseñanza de las escuelas romanas bastaba para desmentir esta pretension; pero en lugar de ver en ellas un motivo para contenerse, el abate de La Mennais tomó de ahí ocasion de descontento hacia Roma, como si allí hubiese habido empeño de despreciar sus teorías y aun de atacarla.

Lo que acabamos de decir sobre la insuficiencia de la ciencia teológica del abate de La Mennais, está plenamente confirmado por el testimonio del abate Rohrbacher.

«En 1828, dice este escritor (1), estando en Rennes, dirigia yo los estudios filosóficos y teológicos de muchos jóvenes. La Mennais fué á aquella ciudad para esponerme de viva voz y dictarme un plan combinado de filosofía y de teología. Advertiendo en él ya entonces la tendencia que despues ha sido reprobada por la Santa Sede, rehusé escribirle. Un amigo que se hallaba presente, y que vive aún, le escribió en mi lugar: yo no quise servirme de él. Habiendo quedado libre, lo modifiqué en el sentido que despues se vió ser el de las dos encíclicas. Véase cómo:

(1) *Amigo de la Religion*, t. 108, p. 97.

»F. de La Mennais, en su plan de teología, distinguía tres Iglesias: la Iglesia primitiva, la judaica y la cristiana. La primera aparecia en él como la regla y origen de las otras dos. Se asignaban por monumentos de aquella Iglesia primitiva las tradiciones de los antiguos pueblos, sin decir francamente si, al frente de estos, ó al menos en su número, debian contarse los judios y los cristianos. Me pareció que esto era subordinar implícitamente el cristianismo y el judaismo al caos del paganismo; que habia además un error grave en suponer, de cualquiera manera que fuese, que los monumentos escritos de la gentilidad eran anteriores á la Biblia; porque todos estos monumentos son posteriores á los libros de Moises, y aun muchos lo son al Evangelio. De aqui provino en mí una repugnancia invencible á adoptar este plan. Habiendo quedado libre, lo cambié enteramente acerca de este artículo fundamental. Senté como principio, con la opinion comun de los teólogos, con Bailly entre otros, que la Iglesia católica, en su estado natural, se remonta desde nosotros hasta Jesucristo, y que desde Jesucristo, en un estado diferente, se remonta, por los profetas y patriarcas, hasta el primer hombre que fué criado por Dios; que fuera de la Iglesia católica, así entendida, pueden hallarse algunos restos de verdades que aun provienen originariamente de ella, pero ninguna conjunto y aun ninguna verdad completa... No satisfecho con dar esta direccion á los estudios teológicos, cuya inspeccion tenia, emprendí algo mas. Desde 1825 trabajaba yo en una *Historia de la Iglesia*, tomando solamente desde Jesucristo, con el designto de unir á ella una simple introduccion, para dar á conocer que en el fondo esta historia se remontaba hasta el origen del mundo. Pero cuando observé en las ideas de F. de La Mennais esa tendencia, aunque flotante aun, y

## LIBRO DÉCIMO-OCTAVO.

(CENTÉSIMO TERCERO.)

### Desde la muerte de Leon XII, hasta la exaltacion de S. S. Gregorio XVI.

LA instruccion pastoral, en que el Sr. de Quelen deploraba la muerte de Leon XII, contenia una reclamacion contra el libro de los *Progresos de la revolucion y de la guerra contra la Iglesia*, que el abate de La Mennais acababa de publicar.

Antes de pasar adelante, consignaremos aqui algunos recuerdos, recogidos por antiguos amigos de este hombre tan tristemente céebre, y propios para hacerle apreciar bajo su verdadero punto de vista.

En 1827, una enfermedad desesperada amenazó la existencia del abate de La Mennais, que se hallaba en La Chenaye, en Bretaña. A las puertas de la muerte, y mientras que el abate Juan, su respetable hermano, pronunciaba sobre él las oraciones de la agonía, su mano medio helada se dirigia acá y allí, con ese gesto lúgubre que presagia una última crisis. «¿Qé buscáis, hermano mio?», le preguntó el abate Juan; y con una voz aún firme respondió: «Busco la voluntad de Dios.» Finalmente, como aquel tierno hermano le manifestase el deseo de conocer cuál

era su último pensamiento y su deseo mas ardiente, añadió: «Hermano mio, os lego la defensa de la Iglesia: esta es la última palabra de mi testamento.» «¡Ah! esclama el abate Combalot, de quien copiamos este hecho (1). ¡cuán gloriosa hubiese sido vuestra muerte, si esta palabra de fé hubiese llegado á ser el epitafio del monumento que nuestro amor os destinaba! ¿Por qué solo este acontecimiento pasado se ha de haber sumergido en ese léretro, que entonces rehusaba abrirse para vos?». Sin embargo, no se puede menos de notar que los doctores mas respetables de la Iglesia, los Agustinos, los Gerónimos, etc., á la hora de la muerte no se hubieran atrevido á usar un lenguaje tan firme ó que revelase como este cierta presuncion.

Leon XII, que habia juzgado al abate de La Mennais, cuando dos años antes hizo este escritor un viaje á Roma, no se habia enga-

(1) Carta 2.<sup>a</sup> á F. de La Mennais, en contestacion á su libro contra Roma intitulado *Negocios de Roma*, p. 186.



que por ella abusaba ya del término vago de *Iglesia primitiva*, desde entonces, lo que no había sido para mí mas que una idea de Introducción, me pareció deber de ser el objeto capital. Como la Iglesia católica misma, creí deber de abrazar en su Historia todos los siglos empezando desde la creación del mundo.

Durante este mismo tiempo, F. de La Mennais trabajaba por su parte en su *Ensayo de filosofía católica* (1); porque tal fué su título y su primer pensamiento durante muchos años. A últimos de 1829, fueron de Chenay y á Malestroit, donde me hallaba yo entonces, algunos jóvenes á quienes él había espuesto de viva voz sus ideas, y quienes despues las habían redactado. Noté en esta coleccion bastante número de ideas poco exactas sobre la naturaleza y la gracia: la gracia no aparecía mas que como una simple restauracion de la naturaleza: algunas veces parecían confundidas ambas; creí reconocer en este trabajo la misma tendencia que en su Iglesia primitiva. No obstante, como la redaccion no había sido suya, sino de los jóvenes, pensé que debía imputarse á ellos la falta y nada le di á conocer á él. Solamente estudié la materia á fondo en Santo Tomás, para no emitir mas que ideas sencillas y católicas sobre el estado del primer hombre antes y despues de su caída, cuya historia estaba yo escribiendo entonces.

La insuficiencia del saber teológico del abate de La Mennais y la imprudencia de su celo tenían igualmente alerta á los obispos. Despues del *Ensayo sobre la indiferencia en materia de Religion*, las *Doctrinas filosóficas sobre la certeza, en sus relaciones con los fundamentos de la teología*, por el abate Gerbet, y el *Catecismo de sentido comun*, por el abate Rohrbacher, libros emanados de

la misma escuela, motivaron la censura de los prelados. Habiéndose pronunciado muchos periódicos, como el *Memorial católico*, en el sentido de las opiniones que espresaban estas obras, se promovieron en Francia grandes rumores, y los pareceres se formularon de una manera contradictoria. Entonces el abate de La Mennais, inflamándose en el fuego de la discusion, publicó el libro de los *Progresos de la Revolucion*.

La oposicion de los jesuitas á sus ideas filosóficas, ideas que habían combatido ellos desde su aparicion, y que su general había prohibido propagar por medio de la enseñanza, llegó en él á ser el origen de una profunda antipatía. Esta se hizo traicion á sí misma por la palabra que se le escapó contra estos religiosos, en el libro de los *Progresos de la Revolucion*, y despues se arraigó de tal modo en su corazon enfermo de orgullo, que el nombre solo de jesuitas irritaba al abate de La Mennais y le producía una especie de fiebre convulsiva que, segun el abate Combalot (1), no tenía otro tipo histórico que el odio violento de Voltaire contra Jesucristo.

El mismo motivo de antipatía impulsó al autor á desacreditar la enseñanza de teología en la mayor parte de los seminarios: «Esta teología, decia con un tono de desprecio, no es mas que una escolástica mezquina y degenerada, cuya aridez disgusta á los alumnos y no les dá ninguna idea del conjunto de la Religion.»

No trataremos de analizar este libro de los *Progresos de la Revolucion*, donde el autor trazaba el cuadro de la sociedad política, entregada, segun él, á la accion de dos doctrinas igualmente falsas é igualmente opuestas al orden social, el *liberalismo* y el *galicanis*

(1) Carta 1.<sup>a</sup> á F. de La Mennais en respuesta á su libro contra Roma, titulado *Negocios de Roma*, página 48.

(1) Desnaturalizado despues y publicado con el título de *Bosquejo de una filosofía*.

mo, doctrinas entre las que colocaba el *cristianismo completo*, el *cristianismo católico*: pero volviendo á la Instrucción pastoral del señor Quelen, añadiremos que el arzobispo de Paris reclamó en estos términos contra la obra del abate de La Mennais:

«Mientras creíamos no tener que temer mas que la audacia ó las asechanzas de nuestros enemigos declarados, que no nos dejan tregua ni descanso, hé aqui que el espíritu de sistema, triste y peligrosa tentacion de los mas bellos talentos, se ha introducido, se manifiesta en los campos del Señor, y nos amenaza con una guerra intestina.

»No satisfecho con esa vasta carrera de inocentes disputas, que la misma verdad deja á sus hijos la libertad de recorrer, pero cuyos límites les prohíbe traspasar, quiere erigir en dogmas sus propias opiniones, acusándonos sin justicia de que nosotros mismos traspasamos los límites de lo que ha sido definido por la autoridad infalible de la Iglesia.

»No contento con erigirse en amargo censor de aquellos, cuyo carácter é intenciones deben al menos respetarse, se hace atrevidamente el detractor de uno de nuestros mas grandes reyes (Luis XIV), y del mas sábio de nuestros obispos (Bossuet); proclama sin autoridad y sin mision, en nombre del cielo, doctrinas subversivas del orden que Jesucristo estableció en la tierra, compartiendo su poder soberano entre dos potestades distintas, independientes la una de la otra, cada una en el orden de cosas que le han sido confiadas: doctrinas que, segun el sentido natural que presentan, á nada menos tienden, á pesar de las intenciones mas loables, que á conmover la sociedad entera en sus fundamentos, destruyendo el amor de la subordinacion en el corazon de los pueblos, y sembrando en el de los soberanos la desconfianza contra sus súbditos; doctrinas que, lejos de servir á la

Religion, no pueden menos de suscitarla persecuciones de todo género, representándola como una dominadora inquieta y celosa que todo lo quiere poner á sus pies; doctrinas por otra parte, que no se apoyan en ninguna prueba sólida, de la que no se encuentran monumentos sucesivos y duraderos en la antigüedad; que no llevan en sí ese carácter de universalidad que distingue la fé de la Iglesia y su doctrina de la de todas las sectas; doctrinas que no hemos recibido de Jesucristo ni de sus Apóstoles, que no tienen en su favor la autoridad de la Escritura, ni la de la tradicion; doctrinas, por consiguiente, que lamentamos oír anunciar, aunque fuese por el mas hábil escritor, por el mas profundo publicista, y si nos atreviésemos á decirlo con el Apóstol San Pablo, *aunque fuese por un ángel bajado del cielo*: doctrinas que nos hemos esforzado á detener ya con nuestro silencio, ya con nuestras protestas públicas y reiteradas; doctrinas, en fin, que rechazamos con toda la lealtad de un corazon francés, sin creer por esto perder nada de la integridad de una alma católica.»

Debe observarse, que el arzobispo no calificaba estas doctrinas mas que en el sentido natural que presentaban, y sin atacar las intenciones del autor, que suponía laudables.

En una carta dirigida á *la Cotidiana*, el 27 de febrero de 1829, el abate de La Mennais se atrevió á poner en duda que el prelado hubiese leído el libro *contra el cual se inflamaba su celo pastoral*.

El tono injurioso que reinaba en esta carta no se dulcificó en una *Primera*, ni despues en una *Segunda carta á Monseñor el arzobispo de Paris*, en las que el abate de La Mennais se ocupaba de las diversas objeciones que se le habían hecho contra la doctrina relativa á las dos potestades. «Es necesario, dice el Sr. D' Astros (1), es necesario

(1) *Censura etc.*, p. VII.





oir la manera indigna con que habla á este prelado, que tan bien ha sabido atraerse la veneración pública: «Monseñor, hace algunos años que han visto la luz pública muchas obras en que son atacadas abiertamente y entregadas al escarnio las doctrinas del cristianismo, la fé del género humano, y los principios constitutivos de la sociedad religiosa y civil... Vuestro celo no ha visto en ellas causa suficiente para levantar la voz á fin de preservar á los fieles contra la seducción... Ha sido preciso algo mas para escitar vuestra solicitud pastoral; se ha necesitado, digo, que un sacerdote tratase de defender la verdad católica... Entonces, saliendo de vuestro reposo, habeis juzgado que el tiempo de callar habia pasado, que habia llegado el de hablar, y este sacerdote ha sido acusado públicamente por vos de proclamar doctrinas subversivas del orden que Jesucristo estableció sobre la tierra (1).» El arzobispo de Paris, á quien ultrajaban estas cartas tan violentas, guardó silencio, silencio lleno de dignidad.

Despues de haber leído tales palabras, no debe causar admiración que el abate de La Mennais, en un artículo de la *Revista católica*, haya empleado todo su talento para ridicularizar, como hubiera podido hacerlo el enemigo mas encarnizado del clero, las Instrucciones pastorales de los señores Legroing-La Romagere, obispo de Saint-Brieuc, y Le Pape de Trevern, obispo de Estrasburgo, que atacaban su doctrina (2). «Lo que en esto hay de notable, dice el señor d'Astros (3), es, que este hombre que á los obispos calificaba de ignorantes, de ciegos, de serviles, de insensatos, porque atribuian á los reyes la in-

(1) *Primera carta á Mons. el arzobispo de Paris.*  
 (2) *Terceras misceláneas*, p. 78.  
 (3) *Censura etc.*, p. XII.

dependencia de la autoridad espiritual en el orden temporal, acabó atribuyéndose á sí mismo, y muy inoportunamente, esta independencia.

Al final de la *Segunda carta á Monseñor el arzobispo de Paris*, se hallaba esta postdata: «En este momento sé, Monseñor, que el cónclave acaba de dar un sucesor á Leon XII. Esta elección, que consuela á la Iglesia del dolor en que la habia sumergido la pérdida de uno de sus mas ilustres Pontífices, abreviará nuestra correspondencia; porque de hoy en adelante, interrogando al Vicario mismo de Jesucristo, podeis saber inmediatamente, del único á quien pertenece la decision, si la doctrina que yo he sostenido es conforme á la tradicion de la Sede apostólica y á su invariable enseñanza, ó si se opone á ella en algun punto. Ningun camino mas breve y cierto para desengañarme, si yo me equivoco, ó para desengañaros vos mismo. Por otra parte, como la importante cuestion, que habia empezado á discutir con vos, para ser bien comprendida por todos aquellos á quienes interesa, exige que se la considere bajo sus relaciones históricas, políticas y teológicas, pues se trata nada menos que de la teoría general de la sociedad antes y despues del establecimiento del cristianismo, sera mas útil tratar esta materia inmensa en una obra, que por su forma y estension permita rodear la verdad de todas sus pruebas, que no en una série de cartas, en que se veria uno obligado á no mostrarla mas que bajo algunas fases particulares.»

La Iglesia habia dejado efectivamente de ser viuda, como decia el abate La Mennais.

La muerte de un Papa, tan digno como Leon XII de gobernar la Iglesia durante los dias de prueba, consternó al universo católico. Sin embargo, llevando consigo tantos pesares, no habia llevado á la tumba todas las esperanzas de la Religion, Dios sabe por

qué caminos deben cumplirse sus designios. Los golpes que dirige para despertar el celo de unos y probar el de otros, no alteran la verdad de las promesas. Si nosotros no consideráramos mas que estos golpes de rigor, podríamos caer en el desaliento; y si no considerásemos mas que las promesas, nos dormiríamos en una seguridad ociosa. Pero reuniendo estas dos cosas en nuestro pensamiento, como se reúnen en sus impenetrables consejos, encontraremos en ellas el fundamento de una confianza activa y de un imperturbable valor. Las tribulaciones de la Iglesia no harán mas que renovar cada dia nuestro ardor en servirla, sin alterar un solo momento la calma de la fé. En efecto, Dios sabe suscitar de nuevo un *hombre de su diestra* para poner en sus manos el depósito de la Religion y los destinos de la sociedad.

El 24 de febrero de 1829, reunidos los cardenales en el cónclave, procedieron al primer escrutinio. En 9 de marzo, habiendo presentado sus credenciales al Sacro Colegio el conde de Lutzw, embajador de Austria, y pronunciado un discurso latino, en el que indicó al cardenal Albani, como órgano de las intenciones del emperador, el cardenal Castiglioni, entonces jefe de orden, le respondió alabando el vivo interés que este príncipe demostraba por el esplendor de la Iglesia y sus cuidados por la conservacion y prosperidad de la Religion en sus Estados. El 10 de marzo el vizconde de Chateaubriand, embajador de Francia, arenzó á su vez en francés al Sacro Colegio. Se espresó en estos términos:

«Eminentísimos señores, la respuesta de Su Magestad Cristianísima á la carta que le habia dirigido el Sacro Colegio, os espresa con la nobleza propia del primogénito de la Iglesia el dolor que Carlos X ha sentido al saber la muerte del Padre de los fieles, y la

confianza que funda en la elección que la cristiandad espera de vosotros.— El rey me ha dispensado la honra de designarme para representar ante el Sacro Colegio reunido en cónclave: yo vengo, pues, segunda vez, eminentísimos señores, á manifestaros mi pesar por la pérdida del Pontífice conciliador que veia la verdadera Religion en la obediencia á las leyes y en la concordia evangélica; de ese soberano que, pastor y príncipe, gobernaba el humilde rebaño de Jesucristo desde la cumbre de las glorias diversas que se enlazan con el gran nombre de Italia. Sucesor futuro de Leon XII, quien quiera que seas, tú me oyes sin duda en este momento. Pontífice, á la vez presente y desconocido, tú vas muy luego á sentarte en la Cátedra de San Pedro, á algunos pasos del Capitolio, sobre los sepulcros de aquellos romanos de la república y del imperio, que pasaron de la idolatría de las virtudes á la de los vicios; sobre esas catacumbas donde descansen los huesos no íntegros de otra especie de romanos: ¿qué palabra, qué voz podria elevarse á la magestad del asunto, y abrirse paso al través de ese monton de años, que han sofocado tantas voces mas poderosas que la mia? Vos mismo, ilustre senado de la cristiandad, para sostener el peso de esos innumerables recuerdos, para mirar de frente á esos siglos reunidos en vuestro alrededor sobre las ruinas de Roma, ¿no teneis necesidad de apoyaros en el altar del santuario, como yo en el trono de San Luis?— No permita Dios, eminentísimos señores, que yo os hable aqui de algun interés particular: que os haga oír el lenguaje de una mezquina política! *Las cosas sagradas quieren ser miradas hoy bajo aspectos mas generales y dignos.*— El cristianismo, que renovó en un principio la faz del mundo, ha visto despues transformarse las sociedades á las que habia dado la



